

Lo vigésimoquinto: que hizo Dios visibles demostraciones de lo que se enojaba con los que así ofendían la Episcopal dignidad; porque algunos murieron de repente, otros con grandes desgracias. Y en el navío donde llevaban los procesos que le formaron de lo que él no había obrado, cayó un rayo antes de partir y después le dió una tempestad, que estando para ahogarse, clamaron todos los que en él iban, que se echasen á la mar los papeles y procesos que iban contra aquel Prelado, afirmando que eran los que causaban la tempestad, por ser contra su inocencia. Y los mismos que los llevaban, siendo hechuras de sus émulos, los echaron á la mar y cesó la tempestad. Y casi todos los que más se señalaron contra su dignidad, tuvieron muy trabajoso fin y muertes repentinas, y otras cosas bien notables de este género.

Lo vigésimosexto: que haciendo Dios todo esto, defendiendo la dignidad santa de este pecador miserable, fiera y no hombre, no se enmendaba, ni lloraba sus pecados, ni ponía en Dios como debía su alma y su corazón y á cada paso caía. Y si se levantaba era para volver á caer. Y de esta suerte estaba siempre probando y tentando á la Divina bondad, y caído, porfiaba Dios á levantarlo y ayudarlo, pero él á enojarlo y ofenderle.



CAPITULO XXI

*Sácale Dios de otros trabajos á este pecador,
y nuevos cargos y misericordias al
volverle á su patria*

Fueron tan grandes los peligros de que Dios le libró á este ingrato y perdido pecador, que no se podrán saber hasta que se vean en aquel espejo eterno, en donde todo se vé, cuándo y á quien él quiera manifestarlos.

Pero los visibles fueron sacarle amado, no sólo de quien antes había sido siempre amado y seguido, que eran los afligidos, pobres y perseguidos pueblos, sino muchos de los mismos que le habían perseguido.

Lo segundo: haberle dado fuerzas, salud, vida y gracia para acabar causas tan grandes y dejarlas establecidas, aunque á costa de estos trabajos y penas.

Lo tercero: haberle dado salud al volver á

su patria ó reinos, donde nació, siendo una jornada larguísima y donde muchos perecieron.

Lo cuarto: haberle librado Dios de la peste que corría casi en todas partes y puestos por donde andaba y tocaba.

Lo quinto: haberle avisado un día Santo Domingo, su gran devoto, con un recio golpe de mar en una grande tempestad, que dejase algunos pensamientos vanos que le ocupaban la imaginación y desde ella pretendían ganarle el alma y el corazón, é inclinarlo á este caduco temporal y transitorio, y hacerlo soberbio y vano.

Lo sexto: haberle puesto en el pensamiento hacer apuntamientos cristianos, prudentes, cuerdos y espirituales de cómo se había de portar en la ausencia de la Iglesia que dejaba para obrar más al agrado de Dios; pero él los cumplió después, de manera que parece que cuando los escribía juraba de no cumplirlos.

Lo séptimo: haberle conservado siempre el afecto á la oración, á la penitencia y dolor de sus culpas y deseo de no volver á ofender á Dios, sin que hubiese día en la mar ni fuera de ella (sino es en el tiempo de alguna recia tempestad) que no confesase y dijese misa, y con deseo, aunque no como debía, de agradar en todo á Dios.

Lo octavo: hallando el mundo donde entraba lleno de innumerables enemigos, émulos y quejosos, que con santísima intención le procuraban mortificar y deslucir, haber hallado quien le amparase, sin que él por su parte mereciese amigos sino enemigos.

Lo noveno: habiendo entrado desacreditado y deshonorado por las relaciones que de él habían hecho los quejosos de sus comisiones y resoluciones, ser recibido el perseguido del mundo, ayudado de poquísimos, como si fueran muchos los amigos y pocos los enemigos.

Lo décimo: habiendo mandado que le tomasen residencia de los oficios temporales (cuando no la habían tomado al tiempo que podía defenderse por estar presente), dejando en aquel reino los ofendidos y estando ausente, y darle Dios ánimo para fiarlo todo de su bondad infinita y no querer defenderle, dejándolo, pues sabía su intención en el obrar y deseo de acertar, diciendo que á su providencia tocaba el defender á quien le deseó agradar.

Lo décimoprimer: haberle tomado la residencia los ofendidos ausentes, á dos mil leguas, sin amparo, sino sólo de Dios (¡oh, cómo sólo es este el amparo verdadero! ¡Oh, Señor, amparador y amparo mío!), no sólo no hallarle cargo alguno ni culpa en él ni en sus ministros familia-

res y allegados, sino salir con tantos aplausos su gobierno, como pudiera si estuviera favorecido y honrado de todo el mundo, justamente perseguido y despreciado.

Estos son, fueron y serán cargos de misericordia. Pero ¿quién podrá contra los cargos que Dios puede hacerle á este enorme pecador de culpas y de miserias? Sólo Dios y el corazón de aquel que lo está escribiendo y lo ha pasado y padecido, puede contarlos y ponderarlos.

Porque lo primero: á estos beneficios fué ingrato, sin agradecerlos y reconocerlos como debiera.

Lo segundo: tuvo sentimiento no pequeño de que sus servicios no fuesen premiados, como pudiera tenerlo un seglar muy relajado. Y aunque no los manifestaba sobradamente; pero algunas veces más de lo que convenia.

Lo tercero: otra cosa apenas hacía, que ponderar sus servicios, por escrito y de palabra.

Lo cuarto: comenzó á introducirse en pasiones vilísimas, bajísimas é infames, no sólo para un hombre de principal profesión y ministerio, sino para el más perdido seglar.

Lo quinto: se relajó en hablar en donaires y palabras ociosas, y aunque entre personas graves, que les dañaría menos por su prudencia y caudal; pero era cosa torpísima y feísima para un sa-

cerdote y Prelado, que sólo ha de decir palabras de espíritu, de verdad y sinceridad, decirlas de donaire y de gracejo; y tales palabras, aunque no fuesen livianas, sino vanas (si en un sacerdote pueden ser vanas sin ser livianas), debe y puede llorarlas como blasfemias.

Lo sexto: estas pasiones las ejecutaba y lo arrastraban ó lo llevaban á la vista de innumerables luces, avisos y misericordias, que Dios le daba para que no se perdiese.

Lo séptimo: esto lo obraba, y algunas veces lo procuraba con resistencia de la luz que de Dios recibía, que era grandísima, reprendiéndole con tantas inspiraciones para que no se perdiese.

Lo octavo: para enfrenarlo le mostró Dios un alma, sobre cuya cabeza caían bolas de fuego, y volvían á subir y bajar, dándole á entender que eran sus propósitos, confesiones, misas, obras y palabras buenas tales que no llegaban al cielo; por no rendirse á sus divinas inspiraciones, antes caían sobre él y eran su condenación.

Lo noveno: en todo cuanto obraba, ó peligroso, dañoso ó dudoso á su alma, le parece que iba echando capas de bronce al cielo, por la parte cóncava, para cerrarlo y que no entrase en él, de lo cual resultaba grandísimo dolor, congoja y aflicción, y acudir á Dios, llorar, pedir, clamar y suspirar; pero nunca se enmendaba,

porque le era á su flaqueza más fácil el llorar que el enmendarse.

Lo décimo: entre estos peligros, daños y pecados, le parecía que veía el infierno abierto y que le iban á echar en él; con que se volvía á Dios á pedir misericordia, pero sin dejar, como debía, sus culpas, aunque huyendo siempre de ellas y reventando con ellas.

Lo undécimo: en otra ocasión le mostraron un fuego (no sabe si era de purgatorio ó infierno, mas de que se espantó muchísimo), dándole á entender el peligro ó daño de una alma que había muerto á su vista, insinuándole que así sería de él si no se enmendaba y no seguía los movimientos divinos.

Lo duodécimo: en otra ocasión, soñando, le parecía que le asían los demonios para llevarlo consigo, y volvió pidiendo á Dios socorro y diciendo letanías, que es con lo que se consolaba.

Lo décimotercero: de otras maneras muy notables le manifestaron sus daños y sus peligros viendo muchos sapos, culebras y sabandijas que andaban por donde andaba.

Lo décimocuarto: en otra ocasión recibió el tiempo que le había menester mucho su afligido y perdido corazón, un papel de una persona virtuosa (sin que pudiese saber cosa alguna de o que pasaba en él) con solas estas palabras: *Sur-*

sum corda, dándole á entender sólo con estas palabras que cuidase de levantar al cielo su corazón y no lo arrastrase con pasiones en el mundo.

Lo décimoquinto: en otra ocasión, muy acaso, oyó una palabra de grandísimo desprecio suyo, y se la dijo un hombre que él no llegó á conocer, y lo aplicó este malo y perdido pecador al estado miserable en que se hallaba.

Lo décimosexto: haberle puesto Dios un temor al infierno tan terrible y á la propia conciencia tan formidable, que no tenía ánimo para ver cuadro alguno del infierno, y le sucedía rodear mucho por no ver pintura que lo representase. Imagen de lo que pasaba en él con las luchas de su alma al defenderse de las pasiones del cuerpo.

Lo décimoséptimo: estando en una ocasión en gran peligro ó en gran daño, representósele un alma en la figura de su cuerpo, que murió de repente, y se dijo por cierto que se había aparecido ardiendo en las llamas del infierno.

Todos estos avisos y otros de este género, dió Dios á este pecador para que no se perdiese, para que se volviese á Dios y le llamase, y sobre estos no son menores los que se siguen.





CAPITULO XXII

*Raras misericordias que Dios usó con este pecador
para que del todo no se perdiese.*

Cuanto este desdichado pecador más obraba y caminaba en su daño, tanto y con más beneficios inefables le iba Dios previniendo y aplicándole el remedio.

El primero: haberle conservado Dios el dolor de ofenderle y el ansia de no ofenderle, de suerte que no tenía hora de quietud, ni consuelo para ofenderle, ni gozo, sino sólo al no ofenderle.

El segundo: haberle conservado la penitencia, lágrimas, dolor y el clamar y orar a Dios, defendiéndose y levantándose en cayendo, siempre afligido y llorando.

El tercero: hacerle que huyese las ocasiones y que anduviese con una inquietud terrible, peleando, ya herido, ya hiriendo; pero siempre encontrado con lo malo y aborreciendo lo malo, y

lo mismo malo que hacía, aborrecía y lo mismo que aborrecía, lo obraba y lloraba, y si hay pena del infierno en este mundo, es la que este pecador y alma perdida padecía al dejar á Dios y volverlo á cobrar y al querérselo quitar, queriéndolo él defender y al no querer él dejarlo y llevarlo sus pasiones arrastrado á que dejase á quien antes quería dejar la vida que no dejarlo.

El cuarto: no haber perdido en todo este tiempo el hacer penitencia, disciplinarse y traer cilicio todos los días, confesar y recibir al Señor. Y aunque puede ser que el decir misa fuese con bien grande imperfección; pero cuando él se disponía y confesaba, diera la vida al cuchillo por disponerse muy bien.

El quinto: haberle Dios librado de grandísimas caídas y de que no fuese mayor su perdición y sacado de las uñas y boca del lobo infernal á esta pobre y flaca oveja, haciéndole que hiciese una confesión general (sobre muchas que había hecho, y la última con grandísimas lágrimas y dolor) desde entonces por la divina bondad, ha andado cada día más desasido y creciendo más en la ansia de tener purísima la conciencia.

Lo sexto: haberle dado Dios desde esta confesión general confianza de que no le había de dejar y habiendo frecuentemente oído luego que la hizo y algunos días después le decían en lo

interior de su alma, repetida y frecuentemente a llorar y hacer penitencia de sus culpas, entonces y después estas palabras: *Hec mutatio dexterae Excelsi*. Dándole esperanzas de que de allí adelante ya serviría á Dios mejor y con más desasimiento, que no le ofendería, ni sería tan malo como hasta allí.

El séptimo: haber hecho esta confesión general en el mismo convento, y llorado en el mismo coro, en donde veintitres años antes la Virgen Santísima le ofreció á su hijo preciosísimo, cuando selló en su alma los sentimientos del amor divino, que siempre le han acompañado en todos tiempos y partes.

El octavo: estando diciendo misa en un altar de la imagen de un Santo Cristo, devotísimo, bajarle gran lluvia de dolor de sus pecados y sentir en su alma que caía de las llagas y de todo el cuerpo de aquella imagen de Jesucristo, Señor Nuestro, un mar de sangre sobre él, que consumía sus culpas, y reconoció grandes efectos de enmienda desde entonces.

El noveno: haberle quitado aquel horror que tenía al Infierno, restituido á más nobles motivos de su dolor, que son los que tuvo de servir por servir, amar por amar, padecer por padecer por Dios, para Dios, con Dios y en Dios.

Lo décimo: haberle librado Dios, con gran

consuelo suyo, de diferentes lazos y peligros, y estar diciendo siempre su corazón, dando gracias á la infinita bondad de su Redención: *Laqueus contritus est, nos liberati sumus*.

Lo undécimo: haberle parecido ya á su alma que aquellas capas de bronce que iba echando con sus culpas, para tener cerrado el Cielo, se habian abierto y desaparecido con la sangre que derramó aquel Señor; con que oraba con más santa confianza y lloraba con consuelo, y le nacía en el alma la esperanza del perdón que antes tenía, si no perdida, no poco desconfiada y amortiguada.





CAPITULO XXIII

De los medios que se valió la culpa, el demonio y su mala inclinación para que este pecador estuviese expuesto á tan grandes peligros de perderse, y lo escribe para que otros escarmienten.

Algunas veces se ha puesto este pecador á considerar qué es lo que pudo inclinar al Señor para que este pecador no cayese de irreparable caída para siempre en el infierno, y que lo ayudase tanto, detuviere, convirtiese y asistiase, y que nunca para siempre lo desamparase; antes bien lo limpiase, le levantase, le diese fuerzas para volver á pelear, penar y padecer, y no dejar de la mano la espada del resistir y el ansia de no pecar, ya vencido, ya venciendo, siempre llorando y clamando.

Y suponiendo que de todo lo que obra Dios en las almas es especial motivo su piedad, que es

sola la que le persuade á que las ampare, ayude, consuele, busque, halle, cobre y las lleve sobre sus divinos hombros, á pasos y pastos de eternidad; con todo eso es su bondad tan inmensa y se deja tan fácilmente obligar de sus criaturas, que para ejemplo y escarmiento de otros, pondrá aquí este pecador sus daños al caer, y sus remedios y asideros al procurarse levantar.

La primera causa de haber estado tan cerca de perderse para siempre y de haberse relajado tan sin medida ni término, fué el faltarle la humildad; porque si él la tuviera como debía, estuviera más atento á huir de todo aquello que podía ocasionar las ruinas de su alma; y aunque era en lo exterior humilde, pero debía de pensar que era humilde: y aunque procuraba y descaba ser bueno, pero debía de pensar que era bueno; y por aquella oculta soberbia le debió el Señor de querer escarmentar, con que viese que no era bueno, sino malo, flaco, miserable y lleno de soberbia, ambición, sensualidad y liviandad, y un pródigo despreciador de los bienes de la gracia y de tantas luces y sentimientos devotos como Dios daba á su alma.

La segunda fué el arrojarse sin temor á los peligros y daños, ya de la ambición, ya de la soberbia, ya de mil afectos desordenados y sensuales de la porción inferior. Y esto nacía de

lo primero, que era la falta de temor, de humildad y de entender que no caería ni pecaría por el deseo grande que tenía de no pecar ni ofender á Dios, y este en lo sensitivo es consiguiente que se lo aumentase el demonio, para que en esa confianza se pusiese, empeñase y acercase al despeñadero más á prisa y con más seguridad.

Lo tercero: fué hacerse sordo á las divinas inspiraciones, ó, por mejor decir, replicarlas, que era mayor desvergüenza, por la propia satisfacción y deseo que sentía en sí de no ofender á Dios y pensar que nunca llegaba á ofenderle, y con eso andar buscando razones para defenderse contra Dios, que le alumbraba para que viese que lo que él tenía por razón era pasión; y este es uno de los enemigos más fieros que puede tener un alma, particularmente en naturales vivos, ardientes, discursivos y fecundos de razones, las cuales en juntándolas á alguna secreta pasión, ya sea de ambición, ya de soberbia, ya sea alguna afioncilla que toque á sensualidad, ú otra cualquier cosa que sea, en habiendo cualquier color para defenderla, aunque Dios avise, llame, clame, vocee y tire de la otra parte, él hallará y buscará razones para su opinión, y que fomenten su antojo y su devaneo; y obligará á Dios á que lo deje y desampare, pues quiere discurrir más que Dios y conocer más que Dios, y otros desatinos

semejantes; y finalmente, andar siempre buscando contra Dios *excusationes in peccatis*.

Y así lo que debe hacer el buen espiritual en estos casos es (en sintiendo el alma algún peligro, y viendo la luz y la inspiración divina que le advierte) caminar, y caminar á lo seguro siguiendo la luz que le dan cuando conoce que le aparta de los peligros; y tener por sospechoso su discurso y su razón si es para acercarse á ellos, y finalmente, tener por pasión á su razón.

Lo cuarto: es haberle entrado en su alma la afición á cosas permitidas que andaban cerca de las prohibidas, y cebándose en las unas, acercarse sobradamente á las otras; y con eso él pensaba (aunque podía y debía no pensarlo) que era poderoso para todo, siendo la misma flaqueza, miseria, maldad y debilidad. Y Dios, que vió que se negaba á sus inspiraciones y que andaba con la razón sin razón, cubriendo y justificando sus pasiones (ó para castigo suyo ó para que escarmentado, como quien cae y se rompe la cabeza, y se huelga el que ama porque escarmiente á mayor daño el herido), lo permitía para que de allí en adelante viviese más atento á los peligros y obrase ya escarmentado con el tiempo que no quiso ni supo obrar cauto. Finalmente, permitió y dispuso esta bondad infinita que cayese, para

que con la caída abriese los ojos, y levantado huyese de las caídas.

La quinta causa fué el no estar atentísimo á huir de todo aquello que era más conforme á su inclinación, porque como quiera que el vano se perderá fácilmente fomentando la soberbia; el ambicioso andando con puestos y dignidades; el sensual entre deleites y recreaciones, y así de los demás vicios, así el que conoce en su alma propensión al mandar, al dominar, al subir, al valer, al juicio propio, á la fragilidad de la carne, á la soberbia ó ambición del espíritu, no sólo debe huir de aquello á que es más propenso, sino estar atentísimo á pelear, humillarse, confundirse y apartarse de cuanto puede arrastrarlo, vencerlo ó sujetarlo. Y este pecador no sólo no huía ni peleaba como debía, apartándose de aquello que le mataba, sino que era tan loco y desatinado, que algunas veces pensaba, probaba é intentaba en medio del peligro estar exento del daño, y quería hallar en el fuego el refrigerio y no mojarse nadando; y esta locura le nacía de propia satisfacción, ya que no de su virtud, por lo menos de su deseo de servir y agradar á Dios y no ofenderle. Esto es bueno cuando se obra con el santo recato, advertencia y atención á huir de todo aquello que de mil millones de leguas se acerca al pecar; pero cuando sirve de acercar el alma á los peligros,

suele ser el mayor lazo, pues aunque haga mayor penitencia que han hecho los Santos y despida más lágrimas y sentimientos que han tenido los más fervorosos penitentes, si él anduviere al obrar, ya por algún secreto asimiento de ambición ó soberbia, sensualidad ó codicia, caminando entre peligros, en ellos, con ellos ó entre ellos, se perderá en ellos de irreparable caída, si ya Dios, por su bondad infinita, como hizo con este miserable pecador, no le levanta caído y le ayuda levantado.

